

Ramos López, J., Sosa Bitulas, L. A., Rojas Orellana, F., Alarcón Vila, P. A., y Torrealva Cabrera, M. E. (2025). Rituales funerarios en Ayacucho, transformaciones culturales y prácticas simbólicas del Día de los Muertos en el contexto andino. En A. B. Benalcázar (Coord). *Enfoques Interdisciplinarios en Ciencias Sociales. Análisis de Problemáticas Contemporáneas (Volumen I)*. (pp. 114-138). Religación Press. <http://doi.org/10.46652/religacionpress.272.c435>



Capítulo 6

Rituales funerarios en Ayacucho, transformaciones culturales y prácticas simbólicas del Día de los Muertos en el contexto andino

Juan Ramos López, Lucio Alberto Sosa Bitulas, Félix Rojas Orellana, Pavel Antonio Alarcón Vila, Maria Elizabeth Torrealva Cabrera

Resumen

El artículo se sitúa en el marco de los estudios antropológicos sobre rituales funerarios y memoria colectiva en los Andes. Analiza las transformaciones culturales y las prácticas simbólicas del Día de los Muertos en Ayacucho, resaltando su papel en la construcción de identidad y la relación entre vivos y muertos. El objetivo fue describir las expresiones rituales, los cambios en las formas de conmemoración y la interacción de los participantes en el Cementerio General de Ayacucho. Se empleó una metodología cualitativa y etnográfica basada en observación participante y entrevistas semiestructuradas realizadas durante la festividad. Se documentaron las ofrendas, las expresiones musicales y gastronómicas, así como las dinámicas de socialización en torno a la muerte. El análisis aborda la configuración del espacio ritual, la influencia de los medios de comunicación en la representación del evento y la manera en que las familias resignifican sus prácticas en un contexto urbano. Se examinan las tensiones entre tradición y cambio, así como la continuidad de los vínculos comunitarios a través del culto a los muertos. El artículo ofrece una visión detallada de las dinámicas sociales que estructuran la festividad y su adaptación a nuevos escenarios. A través del estudio etnográfico, se destacan los significados culturales y simbólicos que los participantes otorgan a la celebración, evidenciando cómo esta festividad refuerza la memoria colectiva y la identidad andina en un contexto de transformaciones sociales.

Palabras clave:

Etnografía; rituales funerarios; memoria colectiva; identidad andina; transformaciones culturales.

Introducción

En el esfuerzo por profundizar en los procesos rituales dentro de contextos específicos de tiempo y lugar, y de examinar el papel que desempeñan los diversos actores en estas prácticas, se abre la posibilidad de llevar a cabo un estudio etnográfico detallado sobre el Día de los Muertos, celebrado el 1 de noviembre. La elección de esta festividad como objeto de análisis responde al interés por ofrecer una descripción densa y una interpretación crítica que permita capturar la riqueza cultural, simbólica y social que envuelve esta celebración.

La investigación se centrará en varios niveles de análisis. En primer lugar, se examinarán las prácticas y simbolismos específicos que se expresan en los altares, las ofrendas y otros elementos distintivos de la celebración, analizando cómo estos elementos funcionan como expresiones materiales de la memoria, el respeto a los ancestros y la identidad cultural. En segundo lugar, se explorará el papel de los diferentes actores sociales, familias, comunidades, instituciones culturales y, en algunos casos, el Estado, en la configuración y preservación de estas prácticas, así como en la adaptación de la festividad a nuevos contextos y valores contemporáneos. Además, el estudio busca comprender cómo el Día de los Muertos opera como un espacio de construcción de identidad colectiva, donde los participantes no solo rinden homenaje a los antepasados, sino que también refuerzan lazos comunitarios y expresan un sentido de pertenencia. Al analizar estos aspectos, el enfoque etnográfico permite captar cómo se construyen significados a través de las prácticas, revelando las dinámicas de continuidad y cambio en la transmisión cultural.

En conjunto, este análisis no se limita a documentar la festividad, sino que busca profundizar en su dimensión simbólica y social. Mediante la interpretación de los gestos, símbolos y discursos asociados al Día de los Muertos, la investigación pretende ofrecer una comprensión amplia de los valores y creencias que sustentan esta práctica y su función en la identidad y cohesión de las comunidades que la celebran. Así, se aspira a desentrañar cómo, a través de esta celebración, se construyen y negocian significados que trascienden generaciones, consolidando el papel de la cultura en la perpetuación de la memoria colectiva y la identidad cultural.

La primera sección de este estudio se concentrará en ofrecer un relato detallado de mi experiencia de campo durante las dos visitas realizadas para la recolección de información: la primera, llevada a cabo el domingo 27 de octubre, y la segunda, el viernes 1 de noviembre. En esta sección inicial, brindaré una descripción minuciosa del lugar de observación, destacando sus características espaciales y contextuales. Asimismo, estructuraré una cronología precisa de cada visita, especificando los distintos momentos de la observación, la secuencia

de eventos y las horas exactas en las que ocurrieron. Además, profundizaré en la identificación de los participantes y en sus interacciones en el contexto ritual, prestando especial atención a las acciones que cada uno realizaba y al significado social y cultural de sus conductas. También exploraré las prácticas rituales observadas, detallando los elementos simbólicos y las expresiones que caracterizaron cada instancia del ritual. Finalmente, ofreceré una reflexión integradora sobre la relevancia del culto a la muerte dentro de estas prácticas, comprendido como un componente mediatizado y con múltiples capas de significación en el contexto observado.

El 1 de noviembre, los medios de comunicación, en sus diferentes formatos, informaron sobre lo que acontecía en el Cementerio General de Ayacucho, presentando la festividad al público desde una perspectiva externa. Sin embargo, mi percepción desde el trabajo de campo etnográfico reveló diferencias significativas entre la cobertura mediática y la realidad que se vivía en el lugar. Aunque la afluencia de personas era considerable, no todas portaban bolsas con alimentos o bebidas para homenajear a sus seres queridos fallecidos, como se daba a entender en las noticias; en cambio, una mayor parte de los asistentes optaba por llevar flores y otros arreglos similares. De igual modo, si bien el huayno se escuchaba de forma constante, ya sea a través de músicos en vivo o dispositivos de audio, muchas familias no participaban activamente en estas expresiones musicales. Más bien, predominaba una disposición en la que las personas se congregaban en círculos alrededor de las tumbas, compartiendo tiempo juntos, realizando tareas de mantenimiento en los nichos y compartiendo alimentos en un ambiente de recogimiento y comunión.

Observé, además, que estos elementos simbólicos, aunque presentes y significativos en el ritual, manifestaban ciertas variaciones respecto a lo que se había documentado en años anteriores. Este cambio evidenciaba un proceso de transformación en las prácticas tradicionales, sugiriendo una ruptura o adaptación en las formas establecidas de celebración y, en última instancia, una reconfiguración de los significados y valores culturales asociados al culto a la muerte en este contexto específico. La evolución de estas prácticas parece reflejar una negociación continua entre las tradiciones heredadas y las influencias contemporáneas, que redefinen el ritual de manera compleja y dinámica.

Los rituales son expresiones de creencias, valores y conocimientos que cohesionan a la comunidad a través de su repetición pública (Malinowski, 1982). Al integrar a las personas, los rituales también imponen normas que regulan el comportamiento colectivo (Douglas, 1973). Según Turner (1988) y Van Gennep (1969), los rituales marcan etapas de transición significativas, como la entrada a la comunidad, la madurez o el paso al mundo de los muertos. En este sentido, la muerte no es solo el fin de la vida, sino el inicio de un proceso de transformación (Hertz, citado en Panizo, 2011; Robin, 2005). En el contexto andino, los ritos

funerarios fortalecen el vínculo entre vivos y muertos, a quienes se ofrece comida y bebida como una forma de intercambio simbólico (Allen, 1982).

Durante la observación del Día de los Muertos en Ayacucho, se presencié cómo los asistentes llevaban alimentos y bebidas a las tumbas para honrar a sus seres queridos, reforzando los lazos de parentesco y reciprocidad. Las prácticas de los migrantes andinos en Ayacucho adaptan tradiciones y construyen nuevas identidades, en un proceso de continuidad y cambio cultural (Matos Mar, 1985). Estas celebraciones, que reflejan la creatividad y el simbolismo andino, conservan su valor comunitario a pesar de las adaptaciones urbanas (Cánepa, 2008). Hoy en día, los medios de comunicación también influyen en la ritualización y percepción de estos eventos, construyendo significados colectivos que reafirman la identidad cultural (Gamboa, 2018). La tradición, como plantea Taipe (2018), es un mecanismo de transmisión que adapta el pasado al presente, manteniendo la relevancia cultural de los símbolos a lo largo del tiempo. El Día de los Muertos en Ayacucho no solo preserva la memoria y el legado cultural, sino que adapta y renueva las tradiciones, conectando pasado, presente y futuro en una celebración que refleja tanto la identidad colectiva como la vitalidad de la cultura andina (Borea, 2008; Ráez, 2008).

Metodología

Esta investigación se estructura desde una metodología cualitativa y etnográfica, de carácter no experimental, centrada en la descripción e interpretación de prácticas rituales. Según Fusch et al. (2021), este tipo de enfoque es especialmente adecuado para estudios que requieren una inmersión en el contexto de los participantes, permitiendo al investigador captar las complejidades culturales y simbólicas en su totalidad. De esta manera, la investigación se llevó a cabo durante la festividad del Día de los Muertos en el Cementerio General de Ayacucho, haciendo uso de la observación participante y las entrevistas semiestructuradas, dos herramientas fundamentales en la etnografía que permiten un análisis profundo de la expresión cultural y social en los rituales observados.

La observación participante, tal como señalan Hammersley y Atkinson (2019), es esencial para obtener datos en su contexto natural, ya que posibilita al investigador no solo registrar comportamientos visibles, sino también interpretar significados implícitos que solo emergen a través de la inmersión y la presencia prolongada en el campo. Durante las visitas al cementerio, se realizaron observaciones minuciosas de los momentos de oración, la prédica y otras expresiones rituales. Esta técnica permitió no solo documentar los eventos, sino también captar las interacciones, gestos y simbolismos que los participantes

integran en su práctica, logrando un entendimiento integral de las prácticas colectivas y su significado cultural.

Por otro lado, las entrevistas semiestructuradas complementaron la observación al brindar acceso a las perspectivas personales y reflexivas de los participantes, lo que, según Brewer (2021), enriquece la etnografía al incorporar la voz de los actores en primera persona. Estas entrevistas, realizadas tanto en el interior como en el exterior del cementerio, fueron fundamentales para explorar las interpretaciones individuales y familiares sobre el culto a los muertos, proporcionando una visión matizada sobre el valor emocional y cultural de los rituales observados. En este sentido, las entrevistas permitieron no solo confirmar patrones observados, sino también descubrir variantes en la práctica ritual, que reflejan diferencias generacionales, influencias contemporáneas y adaptaciones de la tradición. La metodología de triangulación, propuesta por Flick (2018), se aplicó al combinar estos dos métodos, lo cual aseguró una mayor validez al entrelazar datos obtenidos desde múltiples perspectivas. Así, la observación directa de las actividades, combinada con el análisis de los relatos de los participantes, permitió construir una narrativa etnográfica que refleja tanto la dimensión objetiva de los rituales como la subjetiva de los significados personales. Este enfoque responde a la “densidad descriptiva” que plantea Swain y Spire (2021), al integrar una visión completa de la festividad mediante la documentación precisa de los eventos, la interpretación reflexiva de los actos simbólicos y el entendimiento de los valores colectivos que subyacen en el ritual del Día de los Muertos.

El contexto temporal específico, ubicado en la festividad andina del Día de los Muertos, provee un marco que permite observar prácticas que son simultáneamente ancestrales y modernas. Este fenómeno de cambio en las prácticas culturales, según Gale y Galvin (2021), evidencia la flexibilidad y adaptabilidad de las expresiones culturales ante nuevos significados y prácticas contemporáneas, un aspecto fundamental para entender la evolución del ritual y su relevancia en el contexto actual de Ayacucho. Con ello, el estudio etnográfico aspira a captar tanto la continuidad como la transformación de los significados culturales en torno al culto a los muertos, ofreciendo una comprensión integral de cómo los rituales se adaptan y resignifican a través de los tiempos en respuesta a las dinámicas sociales y culturales actuales.

Resultados y discusión

Descripción etnográfica de la festividad por el día de los muertos

Las visitas de campo realizadas en ambas fechas se llevaron a cabo en el “Cementerio General de Ayacucho,” ubicado en el distrito de San Juan Bautista, provincia de Huamanga, en el departamento de Ayacucho. La selección de este lugar responde a su popularidad y relevancia cultural para los habitantes de Ayacucho, quienes lo consideran un sitio emblemático para rendir homenaje a sus difuntos durante el Día de los Muertos. Cabe destacar que Huamanga, conocida como la “Ciudad de la Independencia” o “Wallpa Sua” y famosa por sus 33 iglesias coloniales, posee un profundo valor histórico y simbólico, lo cual otorga al cementerio un carácter particularmente significativo dentro del contexto de la festividad.

La elección del “Cementerio General de Ayacucho” como escenario de la investigación etnográfica permite analizar de manera detallada cómo un espacio de tales dimensiones es visitado y utilizado durante la celebración. Este enfoque facilita una exploración hermenéutica e interpretativa de las prácticas y los significados asociados al culto a los muertos en un lugar que congrega a personas de distintas generaciones y comunidades. Para maximizar el valor de la observación, además de asistir el 1 de noviembre, se decidió realizar una visita previa una semana antes. Esta visita anticipada fue clave para familiarizarse con las rutas de acceso, prever posibles dificultades logísticas, y observar la disposición y ambiente del cementerio en la preparación para la festividad, lo que enriqueció la perspectiva etnográfica.

El análisis, por tanto, se nutre de un enfoque que articula la observación participante en dos momentos, permitiendo captar tanto la preparación y expectativa en los días previos como las dinámicas específicas de la celebración. Así, el “Cementerio General de Ayacucho” se convierte en un espacio de investigación integral, donde se pueden observar tanto las prácticas individuales como colectivas que reflejan el valor cultural y simbólico de la festividad en un contexto andino urbano de gran relevancia patrimonial.

Visita previa, viernes 27 de octubre de 2023

Llegamos al Cementerio General de Ayacucho a las 10:30 a. m., recorriendo primero un parque de aproximadamente una o dos cuadras de extensión antes de alcanzar la entrada principal. Este trayecto previo, aunque corto, revelaba desde el inicio una atmósfera impregnada de preparación para la festividad. Observamos una serie de 14 puestos alineados a lo largo del camino, cada uno de ellos ofreciendo

flores y arreglos para nichos, con una notable afluencia de personas que se detenían a comprar ofrendas para sus seres queridos. Durante una breve pausa para adquirir agua en uno de estos puestos, la vendedora nos ofreció también cerveza, una oferta que sorprendía y a la vez reflejaba la coexistencia de lo social y lo ritual en el contexto de esta celebración. Este detalle sugería cómo, en torno al Día de los Muertos, los elementos de lo sagrado y lo cotidiano se entrelazan en la práctica popular.

La entrada al cementerio estaba marcada por un intenso flujo de vehículos, entre los que destacaban los autobuses, aunque los mototaxis predominaban en número y dinamismo, entrando y saliendo con frecuencia. En la puerta, los conductores de todos los vehículos pasaban por una revisión de documentos antes de que se les permitiera el ingreso, mientras que los peatones también debían someterse a un control de seguridad. Este sistema de control sugería un esfuerzo por regular y organizar el acceso al lugar durante una jornada de alta concurrencia.

Al ingresar al cementerio, la pista principal se transformaba en un camino amplio que dividía el espacio en dos secciones distintivas. A la derecha, se encontraba una capilla o espacio dedicado a rituales católicos, decorado con iconografía religiosa: pinturas de Cristo, la Virgen María y una gran cruz, que resaltaban la conexión entre las prácticas funerarias y las creencias católicas de la región. En esta sección, los nichos estaban organizados en bloques, cada uno identificado con nombres y números, formando filas y columnas claramente definidas, lo cual facilitaba el acceso y la localización de los nichos.

A la izquierda, el patrón arquitectónico de los nichos se mantenía similar, aunque sin la estructura organizada y jerárquica que predominaba en el lado derecho. La disposición de los nichos en este sector daba la impresión de ser menos ordenada y más dispersa, lo que creaba un ambiente de mayor apertura visual. Sin embargo, esta disposición inicial resultaba engañosa en cuanto a las dimensiones del cementerio. A primera vista, la extensión del espacio parecía más limitada de lo que habíamos anticipado, debido a la separación entre bloques y a la falta de un límite claramente visible. A medida que avanzábamos hacia el interior del cementerio, la percepción espacial comenzaba a transformarse. La aparente continuidad de los bloques de nichos se interrumpía por colinas y desniveles en el terreno, que añadían una dimensión de profundidad y amplitud al espacio. La estructura del cementerio, con su disposición irregular y sus límites difusos, generaba una sensación de vastedad que solo se percibía plenamente al recorrerlo. Esta disposición espacial no solo confería al lugar un aire solemne y misterioso, sino que también potenciaba la experiencia etnográfica, al sumergirnos en un espacio que, aunque delimitado, parecía extenderse sin fin.

Para comenzar el recorrido, se decidió iniciar por la sección derecha del cementerio, tomando como punto de partida la entrada principal, que, al parecer, era el único acceso y servía como referencia para estructurar espacialmente el lugar. El plan consistía en explorar el lado derecho primero y luego desplazarse hacia la izquierda, avanzando desde el final del trayecto de regreso hacia la puerta. Aproximadamente a las 11:00 a. m., se observó que la cantidad de personas en el cementerio era muy reducida, siendo la mayoría trabajadores, en particular pintores y rezadores. En ese momento, no se identificaban personas que estuvieran realizando cultos a sus seres queridos fallecidos. La observación inicial sugería que los trabajadores presentes podrían estar dedicándose a tareas de limpieza y mantenimiento de los nichos, anticipando las visitas familiares previstas para el 1 de noviembre. Al consultar con algunos de los pintores, confirmaron que cobraban alrededor de cinco soles por pintar los nichos más altos, con un precio ajustable si pintaban varios nichos del mismo color para una misma familia. Al llegar hacia el extremo final del lado derecho, surgió una incertidumbre respecto a los límites entre el cementerio y las viviendas aledañas. El área parecía transformarse en una zona de tránsito, lo cual planteaba dudas sobre la naturaleza de los vehículos que se desplazaban por allí: ¿eran automóviles particulares o mototaxis dirigidos al cementerio, quizás por razones laborales o de visita, o simplemente transitaban por allí como parte de una calle que conectaba con otros puntos de la ciudad? Esta ambigüedad se hacía más evidente debido a la proximidad entre las estructuras funerarias y las construcciones residenciales vecinas.

Posteriormente, en una conversación con una pareja de adultos residentes en la zona, ellos comentaron que el área suele utilizarse principalmente como un atajo, un paso rápido para llegar de un lugar a otro en la zona. Sin embargo, también resaltaron que el lugar, cuando no está tan concurrido, es oscuro y solitario, lo cual lo convierte en un espacio potencialmente inseguro. La cercanía entre los límites del cementerio y las construcciones externas sugiere una superposición entre lo público y lo privado, lo sacro y lo cotidiano, que acentúa la percepción de ambigüedad espacial y crea una atmósfera que mezcla lo ritual con lo mundano. Esta configuración refuerza la noción de un espacio que, además de ser un lugar de culto y recuerdo, cumple un rol de conexión funcional para los residentes del área, aunque con ciertas connotaciones de inseguridad para los transeúntes.

Al avanzar por el cementerio, se observó la disposición de las tumbas, organizada en bloques claramente identificados con nombres, dispuestos en filas y columnas que facilitaban tanto la ubicación como la orientación dentro del espacio. En esta organización, el uso de colores en los nichos resultaba no solo decorativo o un gesto de homenaje, sino una herramienta significativa para identificar y personalizar cada tumba en un espacio tan extenso y compartido. Los adornos colocados en los nichos desempeñaban un papel fundamental en la evocación de la identidad de la persona fallecida, reflejando aspectos de su vida

o la forma en que sus familiares deseaban recordarla. Con frecuencia, los hijos o hijas mayores se encargaban de estos detalles, destacando a sus padres como “buenos padres y abuelos”. Los adornos dedicados a mujeres enfatizaban roles tradicionales como “buena madre” o “buena esposa”, mientras que en los nichos de los hombres se observaban colores y símbolos asociados con sus equipos de fútbol favoritos, especialmente Universitario de Deportes o Alianza Lima. En las tumbas de niños predominaban los personajes de dibujos animados, generalmente de series o películas, evocando la infancia interrumpida y la ternura del recuerdo.

Desde el punto de acceso al cementerio, una estructura en la cima de una colina del lado derecho capturaba la atención: una casa verde acompañada de una gran cruz, que incitaba a explorar más a fondo este sitio particular. Al acercarnos, descubrimos que se trataba de una pequeña capilla de oración, cuyo interior, oscuro y abarrotado de flores y velas, creaba una atmósfera solemne y de recogimiento. La gran cruz de madera adyacente estaba adornada con telas que evocaban los ropajes de Jesucristo y otros ornamentos que incluían un rostro de Cristo crucificado. Este conjunto de símbolos religiosos aportaba un fuerte sentido de sacralidad al lugar y reforzaba la conexión espiritual y cultural de las personas con el ritual de honrar a los difuntos, haciendo del espacio una extensión tangible de la fe católica que predomina en la región.

A medida que el recorrido se dirigía hacia el lado izquierdo del cementerio, aproximadamente al mediodía, se observó un aumento en el flujo de visitantes, esta vez personas que acudían directamente para rendir homenaje a familiares fallecidos. En esta sección, la disposición de los nichos difería de la organización del lado derecho: la cantidad de bloques organizados era menor y muchos de ellos estaban vacíos, en contraste con otras zonas que presentaban una ocupación más densa. Este arreglo, menos uniforme, contribuía a una sensación de mayor apertura y ofrecía un paisaje más disperso, aunque continuaba manteniendo la atmósfera de respeto y solemnidad propia del lugar. El incremento de personas en el cementerio generó también la presencia de músicos, lo cual es común en festividades como el Día de los Muertos, donde la música desempeña un papel en la conmemoración y celebración de la vida de quienes han partido. Sin embargo, en este momento solo se observó a un músico particular tocando en solitario, acompañando a aquellos que deseaban rendir tributo a sus familiares con un elemento sonoro que evocaba memorias y conexión. Esta presencia musical añade una dimensión sensorial a la experiencia del cementerio, recordando cómo la cultura andina combina elementos de lo solemne con lo festivo, donde el sonido se convierte en una extensión del homenaje a los fallecidos.

Este análisis detallado de la disposición de las tumbas, el uso de colores, los adornos y las interacciones en los diferentes sectores del cementerio permite captar cómo cada elemento en este espacio tiene un peso simbólico y cumple una función específica en el rito de recordar a los muertos. Las prácticas observadas reflejan

una mezcla de tradición y personalización, donde cada detalle es significativo y fortalece la conexión de los vivos con sus ancestros. Así, el cementerio no solo actúa como un lugar de descanso eterno, sino como un espacio de continua interacción y resignificación, en el cual la identidad de la comunidad y sus valores se preservan y transmiten a través del tiempo.

La visita previa al cementerio, realizada el 27 de octubre, permitió obtener una visión más precisa del lugar y de su entorno unos días antes de la celebración del Día de los Muertos. Este recorrido inicial buscaba familiarizarse con el trayecto, los accesos y la disposición del espacio en su estado previo a la festividad, facilitando la planificación de la visita principal. Al finalizar la exploración y dirigirnos de regreso al paradero para regresar a casa, se observó un cambio notable en la actividad del entorno. El camino que inicialmente estaba relativamente despejado, y el parque que habíamos cruzado al llegar, mostraban ahora una notable afluencia de personas, puestos y vendedores ambulantes.

Aproximadamente a las 12:30 p. m., la cantidad de vendedores había aumentado considerablemente en comparación con el momento de nuestra llegada. Aunque no fue posible realizar un conteo exacto, la diferencia era evidente. La dinámica comercial también había evolucionado: además de los tradicionales arreglos florales, los vendedores ofrecían ahora productos más variados y creativos. Entre ellos, destacaban recipientes “ecológicos”, improvisados a partir de grandes botellas plásticas reutilizadas como maceteros, que se utilizaban para adornar los nichos. Este detalle no solo reflejaba la adaptación de los vendedores a las demandas de los clientes, sino también una tendencia hacia la sostenibilidad, al reutilizar materiales en el contexto de un rito con alto contenido simbólico.

Asimismo, se observó la presencia de globos, que añadían un toque colorido y diverso a la oferta de productos. Estos globos incluían mensajes variados que iban desde felicitaciones de cumpleaños hasta símbolos de equipos de fútbol peruanos, una expresión de la personalización de las ofrendas según los gustos y afinidades del difunto. La variedad de estos adornos, que mezclaban lo conmemorativo con lo celebrativo, mostraba cómo los elementos simbólicos asociados al Día de los Muertos se enriquecen con aspectos de la vida cotidiana y de la identidad personal, permitiendo que las familias recuerden a sus seres queridos a través de objetos que reflejan sus pasiones y valores en vida.

Este aumento en la actividad y la diversificación de los productos ofrecidos anticipaba la intensidad de la festividad que se avecinaba. El espacio, que en un principio parecía tranquilo, se transformaba gradualmente en un punto de encuentro lleno de vida, color y comercio, en el cual lo tradicional y lo moderno se fusionaban. Esta evolución en el ambiente y en la oferta comercial proporcionó una perspectiva valiosa sobre la importancia cultural de la festividad y la manera en que se preparan tanto los comerciantes como las familias para honrar a los

difuntos, evidenciando el carácter dinámico y multifacético del Día de los Muertos en este contexto.

1 de noviembre: encuentro entre los vivos y los muertos

A partir de la experiencia obtenida en la visita preliminar, fue posible diseñar un plan más preciso y estructurado para la salida principal al Cementerio General de Ayacucho en el Día de los Muertos. Esta visita inicial proporcionó información valiosa sobre el trayecto, los accesos y las dinámicas del entorno, lo cual permitió anticipar y reducir las posibles dificultades logísticas, especialmente en lo que respecta al transporte en los micros locales. Con este conocimiento, se optó por llegar temprano, a las 8:20 a. m., con el fin de captar una mayor cantidad de detalles y observar aspectos de la festividad que podrían pasar desapercibidos en las horas más concurridas del día.

El horario temprano resultó estratégico, ya que facilitó el acceso a las primeras actividades del cementerio antes de la llegada masiva de visitantes. Esto permitió documentar el ambiente inicial, caracterizado por una calma relativa en la que los trabajadores se dedicaban a la limpieza y el mantenimiento de los nichos, mientras algunos de los primeros visitantes preparaban sus ofrendas y organizaban los espacios en torno a las tumbas de sus seres queridos. Además, la temprana observación permitió seguir la organización de los puestos comerciales, donde los vendedores arreglaban sus productos, adaptando sus ofertas a las preferencias de los asistentes, en una mezcla de tradición y adaptación a los tiempos actuales.

La llegada en esta franja horaria facilitó también la observación de los patrones de movimiento, tanto de personas como de vehículos, en los accesos y dentro del cementerio. Así, fue posible analizar cómo se distribuían los visitantes en el espacio a medida que avanzaba la mañana, registrando la transición del cementerio de un entorno silencioso a un espacio de memoria colectiva y actividad ritual. Este enfoque temprano enriqueció la perspectiva etnográfica, capturando el proceso gradual de transformación del lugar en un espacio de comunión y encuentro. A lo largo de la mañana, la anticipación brindada por la visita preliminar permitió documentar con mayor detalle las interacciones y gestos de los asistentes en un contexto más íntimo y menos saturado. Esta planificación estratégica no solo facilitó el acceso y la movilidad, sino que también profundizó el entendimiento sobre el significado y la relevancia de los rituales del Día de los Muertos en Ayacucho, mostrando cómo los elementos de tradición y cambio se entrelazan en las prácticas conmemorativas y fortalecen la identidad comunitaria en el espacio del cementerio.

Desde el momento en que se llegó al parque, fue evidente un cambio notable en la afluencia de personas y en la actividad de los vendedores ambulantes en comparación con la visita de la semana anterior. La oferta de productos y servicios había aumentado considerablemente, y ahora incluía no solo arreglos florales y velas, sino también alimentos, bebidas y diversos artículos conmemorativos. Para mantener el orden y gestionar el gran volumen de personas, se habían instalado cercas que delimitaban rutas de acceso y organizaban el flujo de visitantes, señalando la planificación anticipada ante la magnitud de la celebración.

Al acercarse a la entrada del cementerio, la multitud se hacía aún más densa, y la presencia de personal de seguridad vial y de la policía era más visible. La gran cantidad de personas y vehículos dificultaba el avance, obligando a los asistentes a moverse entre coches estacionados y mototaxis que intentaban maniobrar en medio de la gente. Inspectores de tránsito con chalecos amarillos supervisaban la circulación, mientras que agentes policiales patrullaban tanto a pie como en motocicletas. Algunos de estos agentes llevaban escudos, anticipando cualquier situación que pudiera surgir en un ambiente de alta concurrencia y tensión potencial. A diferencia de la visita previa, un cartel grande y claramente visible en la entrada indicaba que no estaba permitido que los familiares ingresaran al cementerio acompañados de músicos o bebidas alcohólicas. Esta prohibición parecía responder a la necesidad de mantener el orden y controlar posibles excesos en el marco de una celebración masiva. Finalmente, el acceso al cementerio se logró alrededor de las 8:45 a. m., y la escena en la vía principal mostraba una transformación significativa: en lugar del tránsito constante de mototaxis observado la semana anterior, el camino estaba ahora repleto de personas, en su mayoría vendedores que habían montado sus puestos a lo largo del acceso. Este cambio de dinámica generó una pregunta clave sobre la naturaleza de la multitud que se había congregado en el lugar a esa hora. Surgía la duda de si la mayoría de las personas presentes eran familiares que venían a visitar a sus seres queridos en el Día de los Muertos o si la mayoría correspondía a comerciantes que anticipaban el flujo de visitantes. Para abordar esta incertidumbre, se decidió hacer una pausa y sentarse en una banca ubicada cerca de la entrada. Desde ese punto estratégico, se podía observar con detenimiento a quienes ingresaban al cementerio, prestando atención a los objetos que llevaban, como flores, velas u otros adornos, y evaluando la naturaleza de sus interacciones.

Esta observación detallada permitió capturar la diversidad de perfiles y comportamientos entre los asistentes. Algunos visitantes entraban en grupos familiares, cargando ofrendas florales o alimentos, mientras otros llevaban solo lo necesario para pasar un tiempo breve. A la vez, el comportamiento de los comerciantes revelaba una preparación meticulosa, ajustándose a las demandas y gustos de los asistentes, lo cual daba un matiz comercial evidente a un entorno ritual. La presencia de músicos en el exterior, sin poder ingresar

al cementerio, reflejaba también cómo las regulaciones del evento influían en la manera en que las personas adaptaban sus tradiciones en respuesta a los controles establecidos. Esta primera media hora de observación en la entrada proporcionó una visión enriquecida de las dinámicas complejas del lugar, donde el carácter ritual de la festividad se entrelazaba con la actividad económica y las regulaciones de seguridad. La decisión de observar desde un punto fijo permitió captar la interacción de estos diversos elementos en tiempo real, mostrando cómo el Día de los Muertos en el Cementerio General de Ayacucho es una experiencia que involucra tanto la solemnidad de la memoria colectiva como la influencia de factores sociales, económicos y logísticos que configuran el ambiente de la celebración.

Justo frente a la posición de observación, se encontraba el área previamente descrita como un espacio de culto al aire libre, con una gran cruz y pinturas de figuras católicas. En esta ocasión, el lugar estaba lleno de personas, con sillas dispuestas y un sacerdote vestido con un hábito morado, listo para officiar una misa. A diferencia de la visita anterior, la diversidad de personas que acudían al cementerio era notablemente mayor. A las 9:06 a. m., dio inicio la ceremonia religiosa, y los cantos y rezos se mezclaban con las voces de los vendedores ambulantes que ofrecían de todo: gorras para el sol, bloqueador, juguetes, ropa, comida y más. Entre la multitud, se observaban turistas extranjeros y grupos de jóvenes, algunos de ellos con cámaras fotográficas y cuadernos, probablemente estudiantes interesados en documentar la celebración. Este espacio, ubicado justo al lado de la entrada principal, se había convertido en un punto de encuentro para personas con objetivos y formas de participación muy diversas, desde quienes asistían a la misa hasta aquellos que exploraban el ambiente o buscaban oportunidades comerciales. A las 9:30 a. m., se decidió avanzar más adentro del cementerio para continuar con la observación. Fue entonces cuando se notaron nuevas señalizaciones que indicaban las diferentes áreas del cementerio, como “zona margen izquierda”, “zona margen derecha”, “ingreso” y “salida”. También se avistó una carpa de la municipalidad distrital, donde el personal, identificado con chalecos y equipado con un megáfono, brindaba información sobre la señalización y anunciaba la instalación de más baños públicos en distintos puntos del cementerio.

Mientras se avanzaba, numerosos mototaxis estacionados bordeaban el camino principal, que estaba ahora repleto de personas de diferentes orígenes y con variados propósitos, tal como lo describiría José María Arguedas en sus observaciones sobre la diversidad cultural peruana. Esta mezcla de asistentes, entre los que se contaban familias, turistas y trabajadores locales, convertía el cementerio en un espacio vibrante y heterogéneo, donde lo sagrado y lo cotidiano coexistían. La suma de estas señales y preparativos municipales reflejaba un esfuerzo por gestionar el espacio de manera eficiente en medio de una celebración

masiva, mostrando cómo el Día de los Muertos en Ayacucho involucra no solo actos de memoria y ritual, sino también una compleja organización para satisfacer las necesidades de la comunidad y los visitantes.

En esta segunda visita, se decidió realizar el recorrido en sentido inverso al de la vez anterior, comenzando por la sección izquierda y avanzando hacia la derecha del cementerio. Al ingresar a la zona de nichos, fue evidente que había una cantidad mucho mayor de personas en comparación con la visita preliminar; muchos visitantes se encontraban decorando las tumbas de sus familiares con esmero y entusiasmo. A lo largo del trayecto, alrededor de las 9:47 a. m., se encontró a una familia que había contratado a un grupo de músicos para tocar en honor a su difunto, mientras los familiares bailaban y cantaban junto a la tumba, sumidos en un ambiente de celebración y recuerdo. Al mismo tiempo, dos jóvenes que tomaban fotografías y hacían anotaciones en sus cuadernos explicaron, al ser consultados, que estaban realizando un proyecto personal centrado en la festividad del Día de los Muertos.

Al continuar la exploración en esta segunda ocasión, se percibían rezos provenientes de diferentes sectores del cementerio. También se observó que algunas personas, además de visitar a sus seres queridos, iban al cementerio con un propósito laboral, ya que ofrecían sus servicios de mantenimiento y otros trabajos, y en algunos casos aceptaban como forma de pago alimentos u ofrendas como panes, en lugar de dinero. Más adelante, se encontró a un grupo de niños y niñas uniformados con pañoletas, acompañados por una mujer. Al principio, su presencia no parecía significativa, pero pronto se reveló que formaban parte de un grupo de rezadores. Estos jóvenes, bajo la supervisión de la mujer, se acercaban a los familiares para ofrecer cantos y oraciones en memoria del difunto de manera gratuita, con la única condición de entregar a los familiares un folleto informativo sobre Jesucristo y la vida después de la muerte. Este gesto voluntario y evangelizador contrastaba con otro grupo de rezadores presentes en el cementerio, quienes ofrecían el mismo servicio de oraciones, pero a cambio de una tarifa. Según lo observado, estos rezadores solicitaban entre 10 y 15 soles, y además aceptaban alimentos ofrecidos por los familiares en señal de gratitud.

Esta dualidad en las formas de participación ritual, representada por los rezadores voluntarios y aquellos que cobraban, reflejaba la diversidad de prácticas y creencias que se manifestaban en el Día de los Muertos en el Cementerio General de Ayacucho. La coexistencia de diferentes motivaciones y enfoques hacia la veneración de los difuntos evidencia cómo esta festividad reúne a personas con distintos valores y propósitos, en un espacio donde la tradición, la devoción y los aspectos económicos convergen en una experiencia cultural compleja y rica en significados. A medida que avanzábamos en nuestro recorrido, observamos una escena similar en casi todos los nichos: familias colocando arreglos florales en las tumbas, encendiendo velas y compartiendo en un ambiente alegre, en el que

algunos incluso disfrutaban de cervezas. Un detalle que llamó particularmente mi atención fue la variedad de diseños en las tumbas, cada una reflejando la personalidad y gustos del difunto. Algunas estaban decoradas con stickers infantiles, mientras otras mostraban grafitis con mensajes personalizados. Esta variedad y personalización en la decoración de cada nicho subrayaba la singularidad de los homenajes y la manera en que los familiares expresaban su amor y recuerdo hacia sus seres queridos.

Al llegar a las 11:40 a. m., nos acercamos a la capilla y a la gran cruz, un punto central y significativo en la exploración. En esta ocasión, el lugar estaba completamente abarrotado de personas. Alrededor de la cruz, los asistentes rezaban y encendían numerosas velas en memoria de sus familiares fallecidos, creando un ambiente solemne y espiritual. Un poco más allá, un grupo de danzantes de tijeras realizaba una exhibición acompañada de música en vivo, lo que captaba la atención de numerosos turistas que documentaban la escena con sus cámaras. La danza, interpretada con gran habilidad, revelaba una especie de competencia entre los bailarines, quienes parecían esforzarse por ejecutar los pasos más complejos y demostrar quién poseía mayor destreza. Identificados como el grupo “Puquio Ayacucho”, los danzantes ofrecieron una innovación al incluir a mujeres en la presentación, una decisión que añadió un matiz nuevo y refrescante a la danza tradicional. Al finalizar la actuación, el líder del grupo explicó que esta inclusión respondía a un deseo de honrar las enseñanzas ancestrales y de otorgar a las mujeres un espacio en esta expresión cultural, reflejando un reconocimiento de su rol en la continuidad de las costumbres. Este momento marcó un punto culminante en la visita, mostrando cómo las tradiciones se adaptan y evolucionan, incorporando nuevas perspectivas sin perder su esencia cultural.

Eran alrededor de las 12:10 p. m. cuando decidimos observar si había algún cambio en las actividades de las familias reunidas, considerando que era la hora del almuerzo. Muchas de las familias simplemente conversaban entre sí, sentadas junto a la tumba de sus seres queridos, o descansaban tras haber colocado flores y encendido velas. Sin embargo, una familia en particular, ubicada en la sección derecha del cementerio, captó nuestra atención. Habían extendido un gran mantel rojo sobre el suelo y, encima de él, disponían una variedad de platos y bebidas. La familia estaba compuesta principalmente por mujeres, aproximadamente seis mujeres adultas, además de un hombre y dos niños pequeños. En un momento dado, una de las mujeres le indicó al hombre: “Sírvele la cerveza a papá.” El hombre, siguiendo la indicación, sirvió dos vasos y un cuerno hueco con cerveza. Colocó uno de los vasos sobre la manta, bebió del otro, y dejó que un poco del líquido se derramara sobre la tierra en un acto simbólico. Luego, intentó ofrecerle un poco al niño a través del cuerno, pero la mujer lo disuadió. Esta situación provocó risas entre los presentes, y el hombre finalmente terminó la bebida él mismo.

Esta escena, cargada de simbolismo y humor, reflejaba la mezcla de solemnidad y afecto que caracteriza el Día de los Muertos, donde la relación entre los vivos y los fallecidos se celebra de manera personal y significativa. En entrevistas posteriores, se profundizó en estos detalles culturales y en cómo estos gestos, aparentemente simples, forman parte de un conjunto de prácticas que mantienen vivos los recuerdos y tradiciones en torno a la memoria de los seres queridos.

Para nosotros, el Día de los Muertos no es solo venir a rezar, es un reencuentro con los que se han ido. Aquí ponemos los platos que les gustaban a ellos: pachamanca, mondongo, y no pueden faltar las chaplas y el cuy. Así lo hacemos, porque creemos que ese día ellos vuelven a disfrutar con nosotros. Cuando terminamos de recoger, al tercer día, nos damos cuenta que el sabor de la comida cambia. Es como si hubieran venido, probado, y se fueran contentos. (Entrevista 01. Ayacucho, 2023)

Cada año, traemos lo que a nuestro padre le gustaba: puca picante, su caldo de cabeza, y las wawas de pan que representan a los pequeños de la familia. Decimos que, al traerle estos platos, su espíritu se alegra y nos acompaña ese día. Los adultos nos tomamos una copita de caña o cerveza en su honor, y vertemos un poco en la tierra para que él también comparta con nosotros. Es una forma de celebrar su vida. (Entrevista 02. Ayacucho, 2023)

Aquí se sigue la tradición como lo hacían nuestros abuelos. Se ofrece comida, pero también se hacen rezos para que sus almas descansen. Muchos piensan que el 1 de noviembre es cuando las almas son liberadas, y por eso venimos a la tumba y traemos comida como la qapchi, el puchero y el guiso rey. Es importante dejar un plato especial para ellos. Después de unos días, sentimos que la comida ya no tiene el mismo sabor, como si el alma la hubiera disfrutado. (Entrevista 03. Ayacucho, 2023)

Nosotros traemos todo lo que ellos amaban: sus platos, sus bebidas, hasta los dulces que solían comer. Hoy trajimos pan chapla, un poco de maíz, y el cuy preparado como le gustaba a nuestra madre. Para nosotros, este día es como volver a estar juntos, aunque no se vean. Al finalizar, al tercer día, recogemos todo. Dicen que, si ya no sabe igual, es porque el alma ya se ha alimentado y ha descansado. (Entrevista 04. Ayacucho, 2023)

A nuestros difuntos no solo les traemos comida, sino también sus cosas favoritas, como sus fotos, sus gorras, y a veces hasta cigarrillos si fumaban. Traemos caldo de cabeza, papas, ají, y siempre un poco de caña o cerveza. La familia se reúne alrededor, y recordamos sus historias. Esto es lo que creemos: sus almas vienen, disfrutan y luego se van en paz. Y es así cada año. (Entrevista 05. Ayacucho, 2023)

Con la llegada de la hora del almuerzo, nos dirigimos hacia la entrada del cementerio, donde se ofrecía una gran variedad de opciones de comida. Retornamos alrededor de la 1:36 p. m., y en el trayecto por los nichos del lado izquierdo, nos

encontramos con un grupo de familias que compartían una comida comunitaria que parecía ser pachamanca. No quedaba claro si habían preparado el plato allí mismo o lo habían traído listo de antemano. En medio de la escena de convivencia y respeto, se observó a dos hombres visiblemente ebrios, y en algunas tumbas el desorden era evidente. Mientras avanzábamos, notamos áreas del cementerio bien cuidadas, con estructuras limpias y pintadas de blanco. En uno de los muros destacaba un letrero que instaba al cuidado del lugar con el mensaje: “¡Cuida nuestro cementerio! No traigas demasiadas flores, porque pueden proliferar mosquitos transmisores de enfermedades”. Este cartel, junto con las áreas bien conservadas, contrastaba fuertemente con las tumbas en desorden y algunos comportamientos menos respetuosos, resaltando la convivencia de momentos solemnes con actitudes más relajadas en el contexto del Día de los Muertos en el Cementerio General de Ayacucho. Estos contrastes subrayan la dualidad de la celebración: por un lado, el respeto y cariño hacia los difuntos, expresado en los cuidados de las tumbas y la organización de la comida en familia, y, por otro, las situaciones de desorden que a veces acompañan la festividad.

A medida que avanzábamos, se hacía aún más evidente la dedicación de las familias a preservar el cementerio como un espacio de memoria y continuidad familiar. Muchas de las estructuras vacías, delimitadas cuidadosamente, estaban reservadas para futuros miembros de la misma familia, aunque solo uno o dos nichos estuvieran ocupados en ese momento. Este gesto simbólico revelaba un profundo deseo de mantener el vínculo familiar a través de generaciones, conservando la memoria en un espacio que, aunque se destina a los fallecidos, también fortalece la cohesión entre los vivos. El Cementerio General de Ayacucho, de esta manera, se convierte en un lugar que no solo alberga a los difuntos, sino que también representa un legado familiar y comunitario.

Este acto de preservar el espacio familiar y de otorgar valor a los nichos no solo representa la continuidad en la memoria, sino que también responde a la construcción de una identidad cultural más amplia, en la que el Perú se proyecta como una nación rica en tradiciones que resisten en un contexto global. Según Cánepa y Lossio (2019), en un sistema neoliberal que promueve la comercialización y exportación de la cultura nacional para el turismo y la proyección de una imagen histórica ante el extranjero, estas prácticas se revalorizan, alimentando una coherencia cultural y promoviendo una narrativa de identidad que armoniza lo tradicional y lo moderno. El cementerio, en este contexto, es un espacio donde los vínculos familiares y la herencia cultural no solo se mantienen, sino que se integran a una visión de identidad que el Perú quiere proyectar hacia dentro y hacia fuera.

A las 2:57 p. m., casi en el centro del cementerio, nos encontramos con una escena inesperada: dos tipos de espectáculos habían reunido a varias personas en círculos. En uno de estos, dos individuos, micrófono en mano, se turnaban

para realizar una presentación de humor familiar, capturando la atención de los presentes con comentarios cómicos y una actitud festiva. Intercalaban la actuación con pequeños concursos, y también vendían objetos como recuerdos y artículos diversos. La atmósfera en este espacio era notablemente diferente de la solemnidad que predominaba alrededor de los nichos, y reflejaba una faceta poco anticipada de la festividad: el entretenimiento en un lugar destinado al recuerdo y la reverencia.

La presencia de turistas, familias y niños que observaban los espectáculos y tomaban fotografías generaba una convivencia entre la memoria de los difuntos y el deseo de disfrutar el día en un contexto familiar y comunitario. Era difícil determinar si el público presente asistía a estos espectáculos después de visitar las tumbas de sus seres queridos, o si habían venido específicamente para disfrutar de un evento en un día feriado propicio para las reuniones familiares. Esta mezcla de ritual y recreación sugiere que el Día de los Muertos en el Cementerio General de Ayacucho no solo es una ocasión de homenaje, sino también un espacio multifacético donde lo solemne y lo festivo se encuentran, en un equilibrio que refleja la diversidad y riqueza de la cultura andina.

La organización de estos eventos y la participación de los asistentes mostraban cómo la festividad no se limita al respeto y la memoria, sino que se convierte en un espacio en el que convergen distintas expresiones sociales y culturales. La inclusión de estos espectáculos familiares revela una interpretación de la festividad que permite a las familias conectar con sus seres queridos de múltiples maneras, recordando a los difuntos y a la vez celebrando la vida en comunidad. Esta dualidad entre reverencia y celebración es una característica única del Día de los Muertos en Ayacucho, donde los significados de pertenencia, identidad y memoria se expresan tanto en los rituales junto a las tumbas como en las actividades festivas que acompañan la jornada. A las 3:23 p. m., al regresar al área de los nichos, se notó una marcada diferencia entre el ala derecha y el ala izquierda. En el lado derecho, las tumbas se disponían de manera más individual y espaciada, otorgándoles un carácter de independencia. En contraste, el ala izquierda mostraba una disposición más desorganizada, con estructuras que parecían agrupadas al azar, aunque en realidad representaban unidades familiares que compartían el espacio. Mientras reflexionábamos sobre esta observación, apareció una familia que buscaba una tumba en particular. Sin embargo, tenían información limitada: solo recordaban el nombre “Cristina” y un período aproximado de fallecimiento. Este incidente resaltó las dificultades para localizar un nicho en un cementerio que carece de un sistema claro de organización en bloques, columnas o filas, especialmente para aquellos que no visitan con frecuencia el lugar o no son familiares directos.

Durante el recorrido, el ambiente continuaba cambiando: cómicos ambulantes, personas disfrazadas, travestis con globos y animadores en

zancos se desplazaban entre las tumbas, creando una mezcla de solemnidad y entretenimiento. Para las 4:54 p. m., la música no había cesado, predominando el huayno, aunque ahora provenía más de radios portátiles que de actuaciones en vivo. Aunque el movimiento general se había reducido, esto se debía a que la mayoría de las personas estaban concentradas en sus tumbas familiares, en lugar de desplazarse por todo el cementerio. Justo a las 5:00 p. m., se escuchó el primer cohete, y decidimos acercarnos al área central para observar de cerca los eventos y espectáculos que continuaban.

En esta ocasión, solo quedaba un espectáculo en marcha, pero el área central seguía llena de actividad. Mucha gente se dirigía a la salida, mientras otros aún se entretenían en el espacio abierto. Alrededor, había vendedores ofreciendo diversos productos y numerosas actividades familiares que llenaban el ambiente. Desde este punto de vista, el espacio parecía una plaza pública o un parque en pleno domingo o feriado, y el ambiente distaba del recuerdo inicial del cementerio como un lugar de descanso solemne. La luz comenzaba a disminuir, y la mezcla de actividades reforzaba la ambigüedad del espacio. Con el caer de la noche, surgían nuevas preguntas sobre el uso de este lugar. Las dudas sobre la delimitación entre el cementerio y las áreas urbanas cercanas, ya planteadas al inicio, se intensificaban ahora. La cercanía de las casas y el entorno urbano hacía cuestionarse si el cementerio era visto solo como un espacio de culto, o también como un lugar para la interacción y el comercio. Este carácter multifuncional, donde lo sagrado y lo comercial coexistían, reflejaba una dinámica compleja en la cual el cementerio era tanto un lugar de memoria y veneración como un espacio social abierto a diversas expresiones de la vida comunitaria en Ayacucho.

La ausencia de iluminación pública en el cementerio fue un detalle que capturó nuestra atención y despertó nuestra curiosidad sobre cómo cambiaría el ambiente con la llegada de la noche. Alrededor de las 5:53 p. m., notamos que el flujo de personas comenzaba a disminuir notablemente; los visitantes empezaban a retirarse, y la llegada de nuevos asistentes se había reducido casi por completo. Sin embargo, aún se podían ver algunas personas disfrazadas, posando y tomándose fotografías con personajes de terror, lo cual parecía una referencia al Halloween celebrado el día anterior. Esta mezcla de tradiciones, el respeto a los difuntos del Día de los Muertos junto con elementos lúdicos de Halloween, evidenciaba una curiosa fusión cultural que se manifestaba en el espacio sagrado del cementerio. A medida que avanzaba el tiempo, la oscuridad se hacía más presente. Para las 6:10 p. m., la falta de luz artificial hacía que las velas colocadas en los nichos fueran la única fuente de iluminación, proyectando sombras y un resplandor tenue sobre las tumbas y los caminos. Este efecto creaba una atmósfera mística y solemne, donde las llamas de las velas parecían simbolizar la conexión espiritual entre los vivos y los muertos, destacando las tumbas en un contraste de luz y sombra que acentuaba la sensación de recogimiento. La penumbra envolvía cada rincón, transformando

el cementerio en un espacio de introspección y silencio, en marcado contraste con la actividad que había caracterizado el lugar durante el día.

A las 6:20 p. m., comenzamos a notar que los puestos de venta que habían ofrecido una amplia variedad de objetos y servicios a lo largo de la jornada empezaban a cerrar. Los vendedores desarmaban sus mesas y cargaban sus productos en mototaxis, retirándose y dejando el cementerio cada vez más vacío y tranquilo. La actividad que había llenado el espacio de vida y comercio se desvanecía junto con la luz del día, y el lugar recobraba poco a poco su carácter solemne. A las 6:27 p. m., el sonido de los fuegos artificiales rompió el silencio que se asentaba en el cementerio, y el cielo se iluminó momentáneamente con destellos de luz, añadiendo un toque inesperado de celebración y marcando la despedida simbólica de la jornada. Los fuegos artificiales, aunque breves, añadían una última nota de color y vibración antes de que el lugar quedara sumido nuevamente en la quietud de la noche.

Con la noche ya avanzada y el número de asistentes disminuyendo rápidamente, decidimos concluir nuestra visita alrededor de las 6:30 p. m. Al alejarnos, el cementerio quedaba atrás en penumbra, un espacio que, durante el día, había sido un punto de reunión y actividad, transformándose ahora en un ambiente de recogimiento y paz. La transición del bullicio diurno al silencio nocturno reflejaba la dualidad de la celebración: una festividad que honra la vida de los difuntos mediante la conexión social y la memoria compartida, y que también reconoce la importancia de la calma y la introspección al final del día. Esta experiencia nocturna, envuelta en penumbras y el eco de los fuegos artificiales, consolidó la percepción del cementerio no solo como un lugar de reposo, sino como un espacio dinámico y multifacético que conecta el pasado con el presente, la festividad con el luto y la comunidad con la memoria profunda de sus antepasados.

Conclusiones

El Día de los Muertos es un momento significativo en el calendario andino, especialmente desde una perspectiva cultural que resalta los lazos de parentesco y la reciprocidad característica de la cosmovisión andina. Para muchas personas que han migrado a la ciudad de Ayacucho, estas prácticas ancestrales se mantienen, aunque inevitablemente se adaptan y se transforman en este nuevo contexto urbano. Además, el modo en que los medios de comunicación presentan y “performan” el ritual —es decir, cómo muestran su realización— influye en la percepción pública sobre estos rituales y las costumbres andinas. En este sentido, los medios han contribuido a una mayor ritualización del Día de los Muertos, alterando en cierta medida la manera en que se celebra, especialmente

en lugares como el Cementerio General de Ayacucho. Aunque algunas familias conservan tradiciones como llevar alimentos, preparar pachamanca en el mismo cementerio y beber en honor al difunto, estas prácticas no fueron tan evidentes en esta ocasión particular.

La celebración del Día de los Muertos en el Cementerio General de Ayacucho se distingue por una diversidad de expresiones culturales y creencias, reflejadas en las decoraciones personalizadas de las tumbas. Las familias adornan los nichos con flores y productos emblemáticos, entre ellos el caldo de cabeza, puca picante, guiso rey, qapchi, pachamanca, mondongo, puchero ayacuchano y los tradicionales panes chapla y wawa. Estos elementos resaltan la importancia del cementerio como un espacio de reunión familiar y planificación comunitaria, donde se fusionan aspectos culturales y religiosos, incluyendo capillas, cruces y misas.

Estas observaciones permiten una comprensión profunda de la riqueza cultural y espiritual que caracteriza esta festividad en el calendario andino, mostrando cómo la memoria y el homenaje a los antepasados se expresan en un contexto donde lo tradicional se adapta a nuevas realidades. En conjunto, el Día de los Muertos en Ayacucho se convierte en un evento de significación compleja, donde se encuentran la devoción familiar, el respeto a las costumbres y la influencia de la modernidad urbana en una celebración ancestral.

Referencias

- Allen, C. (1982). Cuerpo y alma en el pensamiento quechua. *Journal of Latin American Lore*, 8(2), 179-195.
- Borea, G. (2008). Nuevas generaciones y continuidad ritual. En R. Romero, (ed.). *Fiesta en los Andes. Ritos, música y danzas del Perú* (pp. 72-101). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Bourdieu, P. (1977). *Esbozo de una teoría de la práctica*. Cambridge University Press.
- Brewer, J. D. (2021). *La A-Z de la investigación social*. Routledge.
- Cánepa, G. (2006). La ciudadanía en escena: Fiesta andina, patrimonio y agencia cultural. En G. Cánepa, & M. E. Ulfe, (eds.). *Mirando la esfera pública desde la cultura en el Perú* (pp. 221-242). CONCYTEC.
- Cánepa, G. (2008). Identidad y memoria. En R. Romero, (ed.), *Fiesta en los Andes. Ritos, música y danzas del Perú* (pp. 42-71). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Cánepa, G., & Lossio, J. (2019). *La Nación celebrada. Marca País y ciudadanías en disputa*. Fondo Editorial de la Universidad del Pacífico.

- Douglas, M. (1973). *Pureza y peligro: Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Siglo Veintiuno.
- Durkheim, É. (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Akal.
- Flick, U. (2018). *Introducción a la investigación cualitativa*. Sage Publications.
- Fusch, P. I., Fusch, G. E., & Ness, L. R. (2021). Cambio de paradigma de Denzin: Revisitando la triangulación en la investigación cualitativa. *Journal of Social Change*, 13(1), 97-108.
- Gale, N., & Galvin, K. T. (2021). Abrazando la complejidad en la investigación en salud: Una perspectiva transdisciplinaria. *Qualitative Health Research*, 31(3), 345-356.
- Gamboa, L. (2018). *La delgadez como solución y como problema: Narrativas y prácticas en torno al cuerpo femenino y a la salud en mujeres jóvenes diagnosticadas con anorexia y bulimia* [Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú].
- García, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.
- Hammersley, M., & Atkinson, P. (2019). *Etnografía: Principios en la práctica*. Routledge.
- Homobono, J. (1990). Fiesta, tradición e identidad local. Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra. *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, (55), 43-58.
- Huarcaya, S. (2003). *No os embriaguéis... borracheras, identidades y conversión evangélica en Cacha, Ecuador*. Universidad Andina Simón Bolívar, Abya-Yala, Corporación Editora Nacional.
- Levi-Strauss, C. (1995). *Antropología estructural*. Paidós.
- Malinowski, B. (1982). *Magia, ciencia, religión*. Ariel.
- Matos Mar, J. (1985). *Desborde popular y crisis del Estado*. Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- Ossio, J. (2008). Uso del espacio y tiempo en la fiesta andina. En R. Romero (Ed.), *Fiesta en los Andes. Ritos, música y danzas del Perú* (pp. 14-42). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Panizo, L. (2011). Cuerpos desaparecidos. La ubicación ritual de la muerte desatendida. En C. Hidalgo (Comp.), *Etnografías de la muerte. Rituales, desapariciones, VIH/SIDA y resignificación de la vida*. CLACSO.
- Ráez, M. (2008). Celebrando el trabajo. En R. Romero, (ed.). *Fiesta en los Andes. Ritos, música y danzas del Perú* (pp. 102-139). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Robin, V. (2005). Los caminos a la otra vida. Ritos funerarios en los Andes sur peruanos. En A. Molinié Fioravanti, (ed.). *Etnografías del Cuzco*. Centro Bartolomé de Las Casas (CBC).

- Salas, G. (2016). Places are Kin: Food, Cohabitation, and Sociality in the Southern Peruvian Andes. *Anthropological Quarterly*, 89(3), 813-840.
- Sanders, C. (1974). *La ciencia de la semiótica*. Nueva Visión.
- Sola-Morales, S. (2016). Comunicación mediática y procesos de identificación: Una construcción dramática y ritual. *Athenea Digital*, 16(2), 247-269.
- Swain, J., & Spire, Z. (2021). El papel de las conversaciones informales en la generación de datos y los problemas éticos y metodológicos que plantean. *Forum: Qualitative Social Research*, 21(1), 10.
- Taipe, N. (2010). *Dos soles y lluvia de fuego: Estudio de los valores sociales en los mitos andinos*. Academia Española.
- Taipe, N. (2018). *Socializaciones en el centro-sur andino. Yachachistin hukninkunawan Kawsanankupa*. Pres.
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual: Estructura y antiestructura*. Taurus.
- Vallverdu, J. (2008). *Antropología simbólica*. UOC.
- Van Gennep, A. (1969). *Los ritos de paso*. Alianza Editorial.

Funerary Rituals in Ayacucho, Cultural Transformations and Symbolic Practices of the Day of the Dead in the Andean Context

Rituais fúnebres em Ayacucho, transformações culturais e práticas simbólicas do Dia dos Mortos no contexto andino

Juan Ramos López

Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga | Ayacucho | Perú

<https://orcid.org/0000-0001-5324-2554>

juan.ramos.10@unsch.edu.pe

Lucio Alberto Sosa Bitulas

Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga | Ayacucho | Perú

<https://orcid.org/0000-0003-0328-9674>

lucio.sosa@unsch.edu.pe

Félix Rojas Orellana

Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga | Ayacucho | Perú

<https://orcid.org/0000-0001-8064-978X>

felix.rojas@unsch.edu.pe

Pavel Antonio Alarcón Vila

Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga | Ayacucho | Perú

<https://orcid.org/0000-0001-9854-744X>

pavel.alarcon@unsch.edu.pe

María Elizabeth Torrealva Cabrera

Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga | Ayacucho | Perú

<https://orcid.org/0009-0003-0350-110X>

maria.torrealva@unsch.edu.pe

Abstract

This article is framed within anthropological studies on funerary rituals and collective memory in the Andes. It analyses the cultural transformations and symbolic practices of the Day of the Dead in Ayacucho, highlighting its role in identity construction and the relationship between the living and the dead. The study aimed to describe ritual expressions, changes in commemorative practices, and participant interactions at the General Cemetery of Ayacucho. A qualitative and ethnographic methodology was employed, based on participant observation and semi-structured interviews conducted during the festival. Offerings, musical and gastronomic expressions, as well as social dynamics surrounding death, were documented. The analysis explores the configuration of the ritual space, the influence of the media in the event's representation, and how families reinterpret their practices in an urban context. It examines tensions between tradition and change, as well as the continuity of community bonds through the cult of the dead. This article provides a detailed insight into the social dynamics shaping the festivity and its adaptation to new contexts. Through ethnographic research, it highlights the cultural and symbolic meanings attributed to the celebration, demonstrating how this festivity reinforces collective memory and Andean identity within a framework of social transformations.

Keywords: Ethnography; funerary rituals; collective memory; Andean identity; cultural transformations.

Resumo

Este artigo se situa na estrutura dos estudos antropológicos sobre rituais funerários e memória coletiva nos Andes. Ele analisa as transformações culturais e as práticas simbólicas do Dia dos Mortos em Ayacucho, destacando seu papel na construção da identidade e na relação entre os vivos e os mortos. O objetivo foi descrever as expressões rituais, as mudanças nas formas de comemoração e a interação dos participantes no Cemitério Geral de Ayacucho. Foi empregada uma metodologia qualitativa e etnográfica com base na observação participante e em entrevistas semiestruturadas realizadas durante a festa. Documentamos as oferendas, as expressões musicais e gastronômicas, bem como a dinâmica da socialização em torno da morte. A análise aborda a configuração do espaço ritual, a influência da mídia na representação do evento e a maneira pela qual as famílias ressignificam suas práticas em um contexto urbano. Ele examina as tensões entre tradição e mudança, bem como a continuidade dos laços comunitários por meio do culto aos mortos. O artigo oferece uma visão geral detalhada da dinâmica social que estrutura a festa e sua adaptação a novos cenários. Por meio de um estudo etnográfico, ele destaca os significados culturais e simbólicos que os participantes dão à celebração, mostrando como essa festa reforça a memória coletiva e a identidade andina em um contexto de transformações sociais.

Palavras-chave: Etnografia; rituais funerários; memória coletiva; identidade andina; transformações culturais.